

« Detente, divina estrangera, exclamó Porcia ; detente si no quieres que mi alma sucumba al peso de la felicidad, que lo que refieres me hace sentir... »

« Sí, ten consideracion con ella, dijo la hija de Job. Mira como tiembla ; ten consideracion con ella, Raquel amada.

« ¡ Raquel ! repite Porcia : ¿ te llamas Raquel ? Tan dulce es tu nombre como tus palabras al pintar los trasportes de Magdalena. ¡ Oh ! condúceme ante ella ; ¡ que me sea dado contemplar su rostro con el mio bañado en lágrimas ! ¿ Mas qué digo ? ¿ Qué puede haber de comun entre una Romana, idólatra como yo, y las bienaventuradas hijas de Israel ?... ¿ Porqué no preparais para el vencedor de la muerte una entrada triunfal en vuestra santa ciudad ? ¿ Porqué no os reunís para acompañarle numerosa comitiva en la cual pudieran figurar gloriosamente en primer término las estatuas de oro de Abrahan, de Daniel, de Job, de Moisés, y sobre todo la tuya, valeroso adolescente, que venciste al mas terrible de los gigantes, que libertaste á tu pueblo del yugo de un furioso é insensato monarca ? ¿ Porqué en altas voces no celebran su gloria los paralíticos que andan, los sordos que oyen, los ciegos que ven, solo porque su aliento llegó hasta ellos ? ¿ No es mas grande vuestro profeta que cuantos vencedores han subido la colina del

Capitolio para ofrecer á los pies de Júpiter Tonante sus ensangrentados laureles ?... ¡ Mas como así se extravía mi pensamiento !... El reino de Jesus, muchas veces me lo han dicho, no es de este mundo... »

Despues que así dijo entregóse á profunda meditacion, porque ya la falsa gloria que premia á los heroes por la sangre que han derramado, no es á sus ojos mas que un horrible fantasma. Adivinó Dia el objeto de las meditaciones de la noble Romana, y tanto placer le causó la certidumbre de que pronto entraria Porcia en el gremio de los elegidos, que por un momento se olvidó de ocultar su resplandor ; mas inmediatamente volvió á tomar la modesta apariencia de una peregrina. Sin embargo aun bajo aquel aspecto era tan imponente la hija de Job, que apenas podia la esposa del Pretor contener su sorpresa y admiracion ; y compadecida aquella de ver tan turbada á esta á quien ama ya como á una hermana, volvió á dirigirle la palabra diciendo :

« Ya en fin comprendes que este mundo es har-to mezquino y miserable para que en él se celebre el triunfo del Hijo del Eterno... Dejaste de ser la obeja descarriada á quien era preciso instruir de la resurreccion del Mesías para arrancarla á sus errores ; y eres una de sus amadas hijas... Pronto las

santas mugeres que han tenido ya la dicha de verle te dirán sin duda cuanto saber deseas.

« ¿ A mí ? » exclamó Porcia con voz turbada.

« Cesa de dudar, respondió Dia, ¡ y sea tu Dios y Salvador el que por tí murió ! »

É imponiendo sus manos sobre la cabeza de la noble Romana, la bendijo.

« Seas quien fueres, sé mi guía ; conduceme á la presencia del Dios á quien con todo mi corazón llamo. »

Y Raquel, tomando entonces la palabra, dijo :

« ¿ Sabes, amada Porcia, que Jesus ha resucitado á muchos de sus elegidos muertos largo tiempo há, y que esos resucitados se aparecen á los mortales á quienes aman sinceramente ? »

Y á estas palabras responde Porcia :

« Dadme, ¡ ó incomprensibles peregrinas ! á lo menos el tiempo necesario para ordenar mis ideas ; no me enseñeis tantos prodigios de una vez. ¿ Ha resucitado ?... También otros muertos resucitaron con él, y se aparecen á los débiles mortales... ¡ Ah ! ¡ glorificado sea para siempre el solemne día que iluminó tantas maravillas !

« Marcha á Galilea, repuso Raquel ; allí verás á Cristo ó al menos á algunos de los suyos encargados de consumir tu redencion... Mas tarde volveremos á encontrarnos : ahora es preciso separarnos.

« Antes de dejarme dignaos decirme á lo menos quien sois y de donde venis ; porque un secreto presentimiento me dice que no perteneceis á la tierra... acabad de disipar las nieblas que aun me ocultan la nueva luz que para mí hicisteis brillar, y Dios os pagará con un ciento por ciento de ganancia el bien que me hagais. »

Las dos resucitadas condujeron á la noble Romana hasta la entrada de la bóveda del sepulcro, y allí, postrándose con ella, la hicieron recitar esta oracion que el Señor mismo ha enseñado á sus discípulos.

« Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores ; y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal ⁴ ; porque tú eres imperio, poder y gloria. »

Al pronunciar las últimas palabras de esta oracion, las dos inmortales, resplandecientes en su gloria celestial, se elevaron sobre el sepulcro perdiéndose en las nubes ; mas en su vuelo rápido con frecuencia miraron al suelo para contemplar á la joven pagana postrada en el polvo de la tierra.

⁴ Las palabras que siguen son añadidas por el poeta á la Oracion Dominical, cuyo testo he creído conveniente dar tal como la iglesia católica nos lo enseña. — T. E.

Animada de nueva vida, levántase Porcia, y ligera como hoja temprana que la embalsamada brisa arrebatada de tierno arbusto é impele hácia el desierto, regresó á Jerusalem repitiendo la oracion que los inmortales acababan de enseñarla.

Era Beor uno de aquellos seres desgraciados á quienes una sensibilidad demasiado viva y una funesta inclinacion á melancólicas imaginaciones hacen indiferentes á los bienes de que gozan, é ingeniosos para forjarse ilusorias penas. Así huyó siempre Beor la sociedad de sus semejantes : buscó como necesaria la soledad : pasó las noches en vela y los dias en lúgubres meditaciones. A la luz pálida y escasa de una lámpara que arde á la entrada de su cabaña, en la cual jamás penetró el sol, y acabando una frugal comida, que no acertó á interrumpir el curso de sus tristes pensamientos, esclamaba el desdichado solitario :

« Ve, ó mi afligido espíritu, ve de nuevo á perderte en los abismos cuya profundidad procuras en vano sondear ! ¿No es preciso que las cosas sean lo que son ? ¿Mas porqué?... ¡ Pregúntolo repetidamente, pregúntolo siempre, y nada me responde en los cielos, y nada me responde en la tierra ! Sí ; ni el consuelo me queda de creer que en efecto las cosas son lo que deben ser... ¿ y aun cuando fuera cierta esa inflexible necesidad, porqué elige entre esta pobre especie humana que nada á la ventura

en las olas de los tiempos, algunos individuos aislados, para asirlos con su mano de hierro, levantarlos sobre el piélago y arrojarlos luego destrozados y exánimes contra las negras rocas de la orilla ? Vida he recibido, mas no luz con ella ; largo tiempo viví ciego ; vino un profeta, abrió mis ojos y derramó deslumbradora claridad sobre mi alma. ¡ Mis ojos ven siempre al sol : pero las tinieblas de mi alma mas densas son que nunca, porque muerto es el mayor de los profetas ! ¿ Para qué quiero ver ahora, ni que me importan los rayos que secundan y cubren de flores al valle de Saron ? ¿ Qué me importa el dulce encanto del crepúsculo de la tarde, ni la magestuosa belleza del estrellado cielo ? ¿ Qué me importan todas las maravillas de la creacion ? Mas ciego que nunca lo fueron mis ojos está hoy mi corazon ; porque, vosotros lo sabeis, ángeles del Altísimo, Jesus ha muerto. »

Así clamaba Beor cuando un anciano, estenuado por el cansancio, se presentó ante él y le dijo :

« Vengo á pedirte asilo y frugal alimento. ¡ Ay de mí ! Mas viejo y mas desdichado soy que tú. »

« Sí, mas anciano eres que yo ; pero no puedes ser mas desdichado. Sin embargo bebe en mi copa, porque mas facil me es que á tí el ir hasta la fuente para llenarla de nuevo. Toma este pan que es cuanto poseo : para mí bastaba, pero siento ahora no poder ofrecerte cosa que mas valga. »

« Veo con placer, respondió el anciano, que solo para tí mismo eres inflexible. Te conozco, Beor; testigo he sido de todas las acciones, de todos los acontecimientos de tu vida.

« En ese caso sabrás que nunca he alcanzado á vencer la negra melancolía que me tiraniza. Y no creas que mi tristeza sea de aquellas vagas que no tienen origen conocido; pues infortunios como los míos emponzoñarian al mas alegre de los corazones. Ciego nací, y pasaron por consiguiente los años mas bellos de mi vida sin que yo supiese que cosa era la luz del dia. Un profeta abrió mis ojos, mas el espíritu ciego se ha quedado, no acertando á comprender al hombre que hace milagros y perece sin embargo víctima de sus cobardes enemigos.... Mas verdaderamente, que no otra cosa debo esperar en este mundo. ¿No es el dolor árbitro y soberano de lo presente, dueño esclusivo de lo futuro? ¿Y el Juez supremo no ha sido para mí mas severo, que para todos los demas hijos de la tierra? No maldigo el dia de mi nacimiento, pero te confieso que quisiera no existir y no haber existido nunca.»

Calló, y respondióle el anciano :

« Olvidaste, Beor, de que cuando menos lo esperabaste abrió Dios el vestibulo de su templo permitiéndote contemplar la belleza de la tierra que el sol ilumina y la bendicion del Altísimo fecunda.

¿No sentiste entonces un enagenamiento desconocido para aquellos mortales, que desde el dia que nacieron se acostumbran á ver esta máquina maravillosa? ¿Y no te reveló el profeta parte de los secretos de la eternidad, diciéndote : Yo soy el Hijo del Todopoderoso?... Cesa de creerte desgraciado pues que el Mesías se ha dignado revelarse á tí predestinándote ademas para ser uno de sus testigos. »

« O, calla, calla, exclamó Beor, no así me arrastres á nuevos precipicios : pues aun cuando fueras un angel te preguntaria yo. ¿Con qué derecho te atreves á esplicar los secretos de la providencia? Porque ¿qué cosa mas inconcebible para la intuicion de las criaturas, mortales ó no, que esa intuicion que á Dios le supones acusándole de que hace á los hombres desdichados hoy para consolarlos mañana, á fin de que glorifiquen su poder y su bondad? Pero no siendo tú mas que un hombre como yo, no puedo creerte dotado de una penetracion que aun en los ángeles me parece imposible. »

« Desdichado escéptico, si tu incredulidad no llega hasta dudar de la vida eterna, debes saber que para llegar á ella preciso es que subamos los escalones que de su altura nos separan. Si Dios, en cuanto á lo que á él respecta, nos envia dolores y aflicciones, ¿qué otro objeto puede tener mas que el

de recompensarnos? ¿Ni como pudiera recompensar á los que ni luchan ni padecen? Imperceptible átomo del polvo, la divina misericordia te ha lanzado en un inmenso mar del cual basta una sola gota para inundarte de inefables delicias. »

« Tus palabras, buen anciano, aplacan la sed ardiente de mi alma; quiero creer contigo que Dios no aflige sino á aquellos á quien ama : ¿pero en virtud de qué derecho me será lícito esperar á mi, ser uno de los elegidos para gozar de la gloria celestial, mereciéndole antes con lo que padezco? »

« Tú eres uno de sus elegidos, y pronto no te quedará duda de ello. Nuevo día luce para tu espíritu y ya veo resplandecer sus primeros albores... Oremos juntos á fin de que el Señor te halle digno de la felicidad que te prepara. »

Doblaron entrambos la rodilla, y pronunció el venerable anciano esta oracion repitiendo Beor sus palabras con voz turbada por el asombro y la tristeza :

« ¡Gracias te sean dadas, ó Señor y Dios mio, por cuantas miserias me has enviado, para que despues admirase dignamente los efectos de tu misericordia! Con gratitud fijo la vista en los cielos porque tú quisiste que mis ojos fueran ciegos y que mi vida pasara enyuelta en el sombrío velo de la tristeza. Vino el Salvador y rasgó el velo, y la esperanza lozana y brillante, como cuanto viene del cielo,

entró en mi espíritu. ¡Glorificado sea el Dios que se apiadará de nosotros cuando en las entrañas de la mas tierna de las madres no haya compasion para las angustias del mas amado de sus hijos! ¡Glorificado sea el Dios de misericordia que hizo que yo naciera ciego; que me condenó á llorar amargamente, y que puso en mi corazon la tristeza y las dudas para que comprendiese yo y comprendan todos que nada somos sin su auxilio! ¡Glorificado sea tambien el divino profeta última esperanza de Israel! »

Beor interrumpió aquí bruscamente la oracion clamando :

« ¿Olvidaste de que Jesus ha muerto? »

« Vive, » respondió el anciano.

Y rodeándose súbitamente de celestes rayos, añadió con acento inmortal ;

« Sí, Jesus ha resucitado, y yo soy uno de sus testigos, yo soy Job. Ahora ya sabes que he sufrido mas que tú. ¡ Bendigo mis penas de un día, porque á ellas debo la vida eterna! »

Quiso Beor levantar sus brazos al cielo, y faltándole fuerzas para ello, sostúvoselos Job, como en otro tiempo fueron sostenidos por sus amigos, los de Moisés, para asegurar el triunfo de Josué.

Alzándose lentamente sobre la tierra, despidióse el resucitado del hermano de su eleccion en esta forma :

« En nombre del divino muerto que vivirá eternamente, te digo que el ciego de nacimiento no recibió su triste existencia en castigo de las culpas de su linage, sino para dar visible testimonio de la bondad y del poder de Dios. »

Dijo, y desapareció á los ojos de Beor, quien temblando por efecto de su sorpresa y felicidad, permaneció inmóvil.

Desde las nubes examinaban Abrahan y Moisés á la muchedumbre de gentes que llenaba el templo, buscando en vano entre tantos un mortal digno de que le eligiesen por hermano, cuando un mancebo, reclinado contra una columna, llamó en fin su atención. Grave y meditabundo es su aspecto; piedad ardiente brilla en sus ojos; todos sus pensamientos los consagra al Dios á quien en aquel momento glorificaba con penetrantes sonidos el instrumento que así resuena en medio del tumulto de las batallas, como entre los gritos de victoria, como acompañando la voz de los que con santos himnos celebran los misterios del altar. Calló la trompeta, y la armonía de las arpas acompañó á las melodiosas voces que entonaban este cántico solemne :

« ¡ Sagrado monte, celeste Moria, tú elevas hasta las nubes el pórtico de Sion mas grato al Eterno que cualquiera otra de las moradas de Jacob ! En

tus muros, ¡ ó ciudad santa! es glorificado el Señor. »

Abrahan y Moisés, que penetraban los pensamientos del joven, proponiéndose aparecérselo, le siguieron cuando salió del templo. Apenas hubieron llegado al pie del monte Moria, cuando Gabriel, descendiendo de las nubes, les dijo :

« No os mostreis á ese hijo de Israel ; mas tarde la mano del Señor abrirá sus ojos á la luz.

« Mensagero de Dios, repuso Moisés, dínos á lo menos quien es el feliz mortal destinado á tan gran favor. »

Y Gabriel responde :

« Volved la vista hácia Damasco y miradle atravesando sus fértiles llanuras al encarnizado enemigo de la nueva ley : vedle ciego de ira reunir numerosas tropas, y esparcir en torno de sí el terror y la muerte... Un rayo celeste hiere su vista. Mirad, cayó con la faz en tierra... Oid una voz de arriba que le dice : *Sáulo, Sáulo, ¿ por qué me persigues* ¹? Y Sáulo respondió : *¿ Quien eres Señor ?* Y repuso la voz : *Soy Jesus, á quien tú persigues : dura cosa te es cocear contra el aguijon* ²... Los

¹ Véase el capítulo IX de los Hechos de los Apóstoles ; pues cuanto aquí dice Klopstock de S. Pablo, que antes de su conversión al cristianismo se llamaba Saulo, es un extracto fiel de aquel libro. — T. F.

² Klopstock dice : Yo soy Jesus, el que está sentado á la diestra del Eterno : pero las palabras que en boca del Altísimo pone el capítulo

que acompañaban á Sáulo le conducen á Damasco, porque sin vista ha quedado aquel á quien súbitamente iluminó el Salvador con su luz divina, para manifestarle lo que va á padecer dando testimonio á los gentiles de su ley santa... Nada temais por Sáulo : descenderá sobre él el Espíritu Santo, recobrará la vista, recibirá el bautismo, y predicará en todas partes la gloria y el poder del Hijo del Eterno. »

Así Habló Gabriel.

Abrahan, cruzando sus manos, dijo :

« Humíllense en tu presencia todas las generaciones de la tierra, todos los seráfines de los cielos, Creador de lo infinito : canten todas las bocas tus alabanzas, ó gloria de tu padre y único heredero de la celestial magnificencia! »

Moisés, siguiendo al futuro apóstol, consagróle en su pensamiento al servicio de Cristo de esta manera :

« Séate dada por el Señor fuerza bastante para derrocar á los poderosos que contra él se levanten, elocuencia irresistible como la de los mas ilustres oradores mundanos; tan persuasiva dulzura como la de los ángeles. Mas sobre todo, llene el Señor tu corazon de aquel amor que prefiere el conocimien-

IX de los Hechos de los Apóstoles son literalmente las que aparecen en mi traduccion. — T. E.

to del verdadero Dios á todas las ciencias de la tierra; que nada pide para sí y que no desea el mal del prójimo, porque no en la injusticia sino en la verdad se satisface; de aquel amor que la ira nunca altera, que no conoce ni á la envidia, ni al desden, ni al orgullo; de aquel amor en fin, que, fundado en la fe, soporta, padece y lo espera todo, incapaz de cansarse ni de entibiarse, que, estendiéndose á cuanto existe en la tierra, se liga con la vida eterna. Séate dado ese amor que las futuras generaciones llamarán caridad cristiana. No olvides nunca qué pura es, y sin mancha, la naciente Iglesia, digna desposada del divino Esposo que la lavó con su divina sangre, cuya voz es mas poderosa que la de la sangre de Abel, y que sin embargo no clama venganza. Por el contrario, misericordia pide la voz que hizo estremecerse al monte Sinaí. »

Perdióse Saulo en las calles de Jerusalem; y los dos resucitados, seguidos por Gabriel, se encaminaron á la cima del Tabor.

Entraron Elkanan y el joven Boa en el huerto de Samma, y el desdichado padre de Benoni los acogió bondadosamente, olvidando sus propias penas para consolar las del ciego anciano. Joel, sentado á sus pies sobre el florido cespel y bajo la sombra de los árboles que plantó su padre en el dia de su nacimiento, escucha con tierno interés las lamentaciones de aquellos por la muerte de Jesus,

que también él deplora con toda la sinceridad de su alma.

Tres resucitados se unieron á las nubes que, á impulso de la argentada luna y de la brisa de la noche, se encaminaban lentamente hácia Jerusalén.

Benoni, que era el más joven de los celestes viajeros, dijo á la hermana de Lázaro :

« Voy á mostrarme á mi amado padre y á mi querido hermano... ¿Guardas silencio, Simeon?... ¿No han derramado ya bastantes lágrimas? ¿No han apurado hasta las heces el caliz de la amargura? ¿No nos es lícito aun poner término á sus penas? »

Y Simeon responde :

« Bien podemos aparecernos á ellos : María gozará invisible de su enagenamiento ; mas sobre todo, caro Benoni, no te olvides de velar tu resplandor demasiado vivo para ojos mortales. »

Dijo, y descendieron después al huerto de Samma.

Acababa Elkanan de contar á sus amigos que venia de visitar la tumba de su hermano :

« ¡ Ay ! le dijo Joel, tú has ido á gemir sobre la losa que cubre los restos de Simeon, y yo he llorado bajo las lúgubres bóvedas donde descansa mi Benoni... Mejor nos fuera ir á orar al sepulcro de Jesús... ¡ del más santo de los muertos !... Acaso

hubieramos visto... ¡ Cielos ! exclamó interrumpiéndose. ¿ Qué súbita deslumbradora claridad es esta ?... »

« Dios de misericordia, ¿ nos envias á uno de tus mensajeros ? » dijo Samma postrándose en tierra.

« ¿ Que es lo que ves, amado Samma ? preguntó el ciego. Habla, guíame hasta esa aparición. »

« Guíarte, ¡ ay de mí ! y tengo apenas fuerzas para sostenerme. »

Llamó el anciano al joven Boa ; mas ese, lleno de espanto, se había ocultado tras de un árbol cuyo tronco abrazaba ; y como el ciego suplicase de nuevo á sus amigos que le dijeran lo que veían, Joel, recobrando el primero alguna serenidad, pudo responderle :

« Aquí, cerca de nosotros y sobre el más bello de los árboles, que plantó mi padre el día en que yo nací, veo á un adolescente cuya sonrisa es la de un ángel, y que brilla con resplandor suave como el de la argentada luz del astro de la noche. »

Y el ciego, único de los presentes á quien el temor no dominaba, interpeló al ser sobrenatural cuya presencia sentía, diciendo :

« O tú, á quien no me es dado ver, te conjuro á que hables. ¿ Quien eres ? »

« Un mensajero del cielo, » respondió Benoni.

Reconociendo Joel la voz de su humano, lanza un grito de sorpresa, vacila y cae ; mas Benoni le

recibe en sus brazos y le estrecha contra su corazón, dándole así fuerzas para soportar el exceso de su alegría. Acércanse entrambos á su padre que acaba de caer con la faz en tierra : levántanle y le sientan sobre un cesped. Boa, tranquilizado con una sonrisa de Benoni, se aproxima al ciego y le acerca á sus amigos.

« Ahora, exclamó Elkanan con piadosa exaltación, ahora puedo bajar á la tumba ; porque si mis ojos no han visto á un mensajero del cielo, mis oídos á lo menos escucharon su voz. Habla, Benoni amado, te escucho, instrúyenos. »

Y responde Benoni :

« Otro mas digno que yo os dará las instrucciones que me pedís... Tranquilizad vuestros espíritus, ó mis amadísimos amigos, y preparaos á nuevos prodigios. »

« Mientras que pronunciaba estas palabras el resucitado, cogia Joel algunas flores, y despues de besarlas las dejaba caer sobre las huellas de la planta de su hermano... Sonriósele Benoni con ternura y preguntó al ciego si se sentia con fuerzas bastantes para soportar la presencia de Simeon.

« Que venga, oh, que venga, exclamó Elkanan ; y vosotros Samma, Joel y tú Boa, tened ánimo ; que vuestro terror no defenga mas tiempo á mi amado hermano... ¡ Simeon ! ¡ Simeon ! ¡ ven, oh, ven ! ¡ no te verán mis ojos en la tierra, mas cuan-

do, despues de pasar los sombríos valles de la muerte, llegue yo á las celestiales regiones de la luz, entonces te veré, porque en ellas no hay ciegos! »

Envuelto en un rayo de la luna, que suaviza su resplandor, aparece súbitamente Simeon y de su boca inmortal salen estas palabras :

« ¡ Cristo ha resucitado, y su omnipotencia hizo salir á los muertos del sepulcro ! Los resucitados se aparecen á los mortales caros á sus corazones, y el Salvador se aparecerá á los fieles llamados á morir por él. Entre tanto, y antes de subir á reunirse con su padre, veránle quinientos fieles reunidos. ¡ Ojalá os conteis vosotros en el número de esos bienaventurados ! Salvador del mundo, Dios de misericordia, dignate favorecerlos con tal bendición.

« ¿ Te habré entendido bien, hermano mio ? preguntó Elkanan. ¿ Has vuelto á la vida antes de la universal resurrección ?... Inmensa es la sed que de verte tiene mi corazón ; pero ¡ ay de mí ! aun el mismo Jesus será invisible para mis apagados ojos... nunca tan pesada como ahora me pareció la desdicha, que me abrumba. Mas ¿ qué digo ? ¿ tengo derecho á quejarme cuando oigo la voz de mi hermano, cuando esa voz me habla de Cristo y de su gloria ?... Una sola palabra mas, Simeon : ¿ te es